

La herida del tiempo

FERNANDO GARCÍA DE CORTÁZAR, *Tu rostro con la marea*, Ediciones Martínez Roca, Madrid 2013, 447 págs., ISBN: 978-84-270-4045-8

Ricardo Martínez de la Guardia

Universidad de Valladolid

«Todo se nos escapa. Y todos..., hasta nosotros mismos, como un reflejo en el agua». El espíritu de las palabras con que, días antes de morir, Agustín Rotaache resumía ante Fernando Urtiaga su percepción del ocaso, del suyo, del de su generación, tal vez, de su mundo, sobrevuela las más de cuatrocientas páginas de esta novela en que un historiador avezado como Fernando García de Cortázar demuestra excelentes dotes como novelista.

El novelista ha escogido, en este caso, como aparente línea argumental la búsqueda de la identidad de un evanescente personaje, Ángel Bigas, miembro de una familia de la orgullosa burguesía vizcaína de comienzos del siglo XX. Es en esa búsqueda donde el autor destila, en los variados escenarios de la agitada vida de Ángel Bigas, el sentimiento de evocación o de nostalgia de toda una época.

Al cabo de esos cientos de páginas, que la destreza literaria del autor hace cortas, el balance del

relato hace la última reflexión del *alter ego* del novelista: «... Y no hay nada tan triste y hermoso como [...] esos rostros que trae y lleva la marea. Nadie sino yo los ve. A nadie le he contado los secretos que callan. Volverían a decirme que camino entre fantasmas. Volverían a decirme que es inútil contar su historia».

Esa cierta «nostalgia de una vida más bella» es la que parece acompañar a buena parte de los personajes a través de cuyos testimonios el jesuita y joven profesor de la universidad de Deusto Fernando Urtiaga va construyendo en la ficción los perfiles de la biografía de Ángel Bigas.

El artificio literario que emplea para ello ha sido generosamente utilizado en la novelística. En este caso, Agustín Rotaache, «una figura antigua, enigmática, casi un legado (todavía en 1977) de la Europa aniquilada por las dos guerras mundiales», pone a Urtiaga en la pista de Ángel Bigas. Hijo de un gran empresario vizcaíno, renun-

ció a las perspectivas de un previsible futuro de heredero de la tradición industrial de la familia para hacer carrera en el mundo de la diplomacia. Nacido en 1890 y muerto en 1934, Ángel Bigas mostró a sus treinta y un años su destreza literaria en la novela *El sitio*, «cuyas páginas llevan al mundo de la imaginación cuanto hay de bello, dramático, apasionado y patético en la descomposición de una familia del Bilbao ensordecido por las protestas mineras».

Esa descomposición de la poderosa familia bilbaína de los Bigas, argumento del relato narrado por Ángel en su novela, es la que sirve a Fernando Urtiaga/Fernando García de Cortázar de metáfora continental para observar las otras descomposiciones que la gran familia de Europa vivió con dolor y sangre, con tristeza, miedo y esperanza, entre 1914 y 1945. Fueron éstos unos años turbulentos y apasionantes. Un tiempo de ruido y furia que destruyó las ilusiones que el Viejo Continente abrigaba sobre el progreso y su propia estabilidad, basada en el colonialismo afuera y el liberalismo adentro; una época en la que sucumbieron los grandes imperios y en la que alzaron su voz desgañada los totalitarismos.

A través de un juego coral de testigos, escenarios, crónicas, recuer-

dos y fechas que avanzan y retroceden, que exige del lector un hábito de lectura y de retentiva de nombres y episodios, García de Cortázar nos invita a acompañarlo en la detectivesca tarea de reconstruir la personalidad de Ángel Bigas. Así nos sumergimos en el Madrid de las tertulias literarias y las conspiraciones republicanas, la cosmopolita y crepuscular Bucarest de la Primera Guerra Mundial, el San Petersburgo de los últimos zares, la Constantinopla de entreguerras, la Varsovia amenazada por la caballería roja de Lenin, la Roma fascista de Mussolini o el Burgos de la guerra civil española.

El punto de arranque es el propio descubrimiento que el joven profesor Urtiaga hace de la existencia de Ángel Bigas cuando, en una conversación con Agustín Rotaeche en junio 1977, éste lanza una de sus «pompas de misterio» mencionando su nombre y el título de su novela. Apenas sin tiempo para digerir la novedad de nombre y novela, la muerte de Rotaeche cuatro días más tarde hace a Urtiaga legatario, por voluntad expresa del difunto, de un grueso legajo en que el fallecido había recogido abundante material sobre Ángel Bigas.

Comienza entonces para el destinatario de aquel legado, y para los

lectores que lo acompañen, un expurgo de variados documentos en que se alternan cartas personales, artículos periodísticos, retazos de memorias de políticos y diplomáticos y hasta fragmentos del diario de sesiones del Congreso. Cada uno de esos documentos sitúa a Ángel Bigas en un escenario: normalmente, la legación española en el país correspondiente. Pero una buena parte de ellos, así como de las conversaciones que Agustín Rotaèche ha mantenido por correspondencia con otros testigos, reitera un episodio: la posible participación de Ángel Bigas en el asunto del barco *Turquesa*, en el que viajaba de Cádiz a Asturias un importante alijo de armas para equipar a los mineros en su vuelta de octubre de 1934.

El material reunido por Agustín Rotaèche para construir la peripecia vital de Ángel Bigas se ofrece como un caleidoscopio de miradas que se entrecruzan en torno al personaje. Según las fechas expresadas de los testimonios, éstos se escalonan en tres momentos. Los directos del propio Ángel Bigas, al margen del último pocos meses antes de su suicidio a finales de 1934, se concentran en su mayoría entre 1914 y 1918 cuando, desde la embajada española en Bucarest, vive la irremediable anexión de Rumanía al Imperio alemán. Los

escasos y oficiales materiales del Diario de sesiones de las Cortes, de periódicos coetáneos o de los diarios de Manuel Azaña se sitúan entre 1932 y 1934. Y, por fin, los indirectos, proporcionados por gentes que conocieron a Ángel, los recogió Agustín Rotaèche entre septiembre de 1950 y septiembre de 1954. Son estos últimos testimonios los que perfilan al personaje y lo sitúan en otros escenarios diplomáticos, como Venezuela, en una lejanía vaporosa, Madrid, Varsovia, y, sobre todo, Roma, la Roma cercana y concreta en que avanzan implacables las escuadras de Mussolini.

En medio de unos y otros escenarios y episodios, iluminada igualmente a retazos, se reconstruye la pasión de Ángel Bigas por Olga Rykova, la noble rusa, «a la que Ángel amaba como se ama un hogar» y cuya biografía de fugitiva sirve al autor de la novela para delinear el final de otro mundo, en este caso, el de la Rusia de los zares. El trágico, aunque distanciado en el espacio que no en el tiempo, final de los dos amantes metafórica a escala personal la muerte de una época.

Quienes siguen un poco de cerca la producción novelística y la historiográfica conocen bien un fenómeno que, aunque viejo ya en el siglo XIX, se ha revelado extraor-

dinariamente potente en los últimos treinta años. La novela histórica, en efecto, se ha consagrado como un género que, desde la orilla de la ficción, recorre todas las etapas históricas, desde el paleolítico superior a la actualidad más inmediata. Sus cultivadores se lanzan a la piscina de la creación, principalmente, desde dos trampolines. Desde uno de ellos se arroja el periodista; desde el otro, el historiador. Uno y otro pretenden ir más allá de las fronteras de la veracidad que sus profesiones les reclaman para, desde las orillas de la verosimilitud, ampliar, matizar, enriquecer personajes y escenarios. Aceptan incluso la emocional recomendación que Agustín Rotaèche hace a Fernando Urriaga: «Siga escribiendo, mi joven amigo, siga escribiendo. Pero olvídese del espíritu científico; entre los historiadores, lo simplifica y falsea todo».

En sus respectivas empresas, el periodista y el historiador no suelen poder dejar de lado sus más queridas deformaciones profesionales. Ello se traduce en el hecho de que unos y otros tienden a utilizar el marco histórico en que sitúan la acción de su novela como un decorado. Que éste resulte más o menos acartonado o vivo depende de la habilidad de cada autor. Pero, más aún depende de ésta

que la novela en cuanto texto esté bien o mal escrita, se ajuste mejor o peor a las exigencias de un relato estéticamente bello e intelectualmente coherente, un relato que subsuma estudio psicológico de los personajes, realismo de las situaciones, convicción de los diálogos, riqueza de las expresiones y las imágenes.

En este sentido, la novela de Fernando García de Cortázar, que obtuvo el Premio de Novela Histórica Alfonso X el Sabio en su duodécima edición, no parece escrita por un historiador. Tienden los profesionales de este oficio cuando se animan a elaborar novela histórica a sentar cátedra informativa del período en que transcurre la acción de la novela, lo que suele restar naturalidad a la acción y la dicción de los personajes, envueltos a menudo en diálogos prosaicos y planos en sus referentes psicológicos.

La novela que comento, por el contrario, muestra más un novelista que un historiador. Un novelista que maneja exquisitamente el lenguaje y brinda una continua riqueza de imágenes y metáforas para precisar situaciones, intenciones y reflexiones de los personajes que desfilan por sus páginas. Personajes que, a la búsqueda del «personaje Ángel Bigas», realizan continuos ejercicios de memoria y olvi-

do y, al hacerlo, envuelven en una suave niebla de lejanías y sombras su recuerdo de lo acontecido que casi siempre se adereza inexorablemente con lo deseado por uno mismo y lo reflejado por los demás. Ese triple juego de hechos, deseos y memorias lo recrea García de Cortázar en una precisa labor de marquetaría en la que se integran con naturalidad perfiles humanos y referencias culturales en una prosa siempre ágil y lúcida embellecida por un hábil manejo de imágenes y adjetivos.

Haber sabido integrar en una metáfora coherente y totalizadora la historia personal de Ángel Bigas y la de la Europa en la que él se movió y haberlo hecho en páginas de bella escritura que posee apariencia de sencillez y hondura de matices es un logro que sólo está al alcance de unos pocos. De unos pocos que, como Fernando García de Cortázar en esta obra, demuestran que tienen alma de novelista. De novelista que, como historiador de oficio, busca saber «dónde comienza y dónde termina lo real», pero como novelista que concluye

su obra con un apéndice bibliográfico, piensa que «tiene sentido perseguir sombras [aunque] no lleven a ninguna parte» más que al de la creación literaria.

Personalmente, y pese a haber recibido el Premio de Novela Histórica, *Tu rostro con la marea* no es para mí en sentido estricto una novela histórica. Es nada más y, sobre todo, nada menos que una novela. Una obra repleta de precisa y sugerente belleza literaria en que la peripecia individual de Ángel Bigas y la colectiva de la sociedad europea se funden y transfunden en un escenario de huida, o, al menos, de desvanecimiento, permanente que, una y otra vez, desde 1914 a 1977, impulsa a los hombres y mujeres de la novela, hombres y mujeres de una muy precisa clase social a colocar sobre sí mismos el escueto y, al parecer, ineludible epitafio que sentencia: «Esto es el fin». Un final del que sólo los rescatan el historiador o el novelista cuando, escudriñando en las sombras, encuentran fantasmas que, quiéranlo o no, acaban contando su historia. ■